

VIDA Y CONFLICTO EN LA CIUDAD AUMENTADA

Maurilio Pirone

Universidad de Bolonia

ORCID: 0000-0003-1617-4753

maurilio.pirone2@unibo.it

Recibido: 2 de junio de 2023

Aceptado: 30 de agosto de 2023

RESUMEN

Las ciudades contemporáneas están siempre más configuradas por una superposición de lo virtual y real. El uso de plataformas, la enorme recogida de datos y el desarrollo de instrumentos como la nube o la inteligencia artificial no se limitan a extender las posibilidades de acción en las ciudades, sino que alteran las características y la extensión de los espacios urbanos. Al mismo tiempo se producen nuevos sujetos que persiguen una idea de empresa individual gracias a las tecnologías digitales y la valorización de las ciudades. Sin embargo ¿son estos procesos regulares y unívocos o encuentran resistencias, fracturas, contra conductas?

Palabras-clave: ciudad, digitalización, plataformas, trabajo.

LIFE AND CONFLICT IN THE AUGMENTED CITY

ABSTRACT

Contemporary cities are increasingly shaped by an overlap between virtual and real. The use of platforms, the enormous collec-

tion of data and the development of tools such as the cloud or artificial intelligence do not simply extend the possibilities for action in cities, rather they change the characteristics and extent of urban spaces. At the same time, new subjects are produced who pursue an idea of individual enterprise thanks to digital technologies and the valorisation of cities. However, are these processes smooth and straightforward, or do they encounter resistances, breaks, counter-conducts?

Keywords: city, digitalisation, platforms, labour

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es formular un marco teórico general para comprender una multiplicidad de fenómenos particulares relacionados con la difusión de las tecnologías digitales en los espacios urbanos. Con esto no se quiere decir que ésta sea la única lectura posible de lo urbano, sólo que es una de las posibles, una mirada sobre algunos aspectos – que podemos resumir con el concepto de digitalización– de los que dan forma a las ciudades.

Por lo tanto, me gustaría empezar con una imagen que sugeriría los asuntos principales de este artículo. Se trata de una huelga de repartidores parisinos de la plataforma inglesa Deliveroo que muestran una pancarta en la que está escrito “La calle es nuestra fábrica”. En primer lugar, pues, los sujetos que están delante de nosotros son trabajadores –o colaboradores, dirían las empresas– de una llamada plataforma digital. Sin embargo, estos trabajadores no trabajan, sino que protestan respaldando que las calles de la ciudad son su lugar de trabajo, y no más un espacio público. Ciudad, digital, trabajo, subjetividades en lucha, son los temas en los que nos centraremos.



Imagen 1: Huelga de repartidores en París en 2017 (sacada de la página: www.facebook.com/LaRueEstNotreUsine)

El ensayo se divide en tres partes. En el primero presentamos el paradigma de la ciudad aumentada como producto de la superposición entre lo “material” y lo “digital”. En la segunda nos centramos en las especificidades del proceso de producción a la luz de su ubicación en espacios urbanos y como resultado de la aplicación a gran escala de las tecnologías digitales. Finalmente, en la tercera parte, tratamos de aportar un abanico de posibles sujetos urbanos heterodoxos respecto al disciplinario operado por las plataformas.

LA CIUDAD AUMENTADA

Una de las formas habituales de conceptualizar la ciudad es analizar la interacción entre *civitas* y *urbs* (Capel, 2003), su composición social –sus habitantes– y las infraestructuras que la conforman y condicionan sus formas de vida. Tomamos esta distinción al pie de la letra, aunque más adelante veremos cómo los límites entre sujetos e infraestructuras tienden a disiparse. Hoy en día, las in-

fraestructuras de las ciudades no sólo incluyen elementos “materiales” como carreteras, casas, acueductos, etc., sino también infraestructuras “digitales” –que nombramos aquí para destacar su carácter innovador, pero que también son fuertemente materiales, hechas de cables, silicio y microchips –como la nube, el Internet de las cosas, los centros de datos–. Nuestra vida urbana, de hecho, hace un amplio uso de tecnologías radicales (Greenfield, 2017), en forma privada o pública, individual o institucional –desde los teléfonos inteligentes hasta los servidores de macrodatos–. Son tecnologías que influyen profundamente no sólo en nuestro presente sino también en nuestro futuro, no se limitan a registrar lo que es, sino que dirigen lo que puede ser, designan un conjunto de posibilidades dentro de las cuales comprimir lo real. De este modo, se proponen poner orden en una realidad que, en sentido contrario, se considera caótica, desordenada. ¿A qué “realidad” nos referimos? La de nuestra vida social.

El objetivo de estas tecnologías no es sólo mejorar nuestra vida. A este aspecto –que no pretendemos negar– se entrelazan otros. Según Antonio Negri (2014),

la metrópoli es hoy para la multitud lo que fue la fábrica para la clase obrera. Se debe insistir sobre este punto: no es una metáfora porque hay una relación, sucede, incluso se trata simplemente de explotación como en la relación de fábrica. [...] Si asumimos la trayectoria fábrica-metrópolis, clase-mul-titud, nos encontramos entonces frente a una situación no metafórica que debe interpretarse a través de nuevas categorías de la explotación, y en particular de aquella explotación que actualmente se llama extracción, explotación extractiva, o mejor relación de dominación extractiva.

Lo que estudiosos como Negri llaman cooperación social es hoy uno de los factores centrales en la dinámica de la acumulación capitalista, especialmente dentro de lo que llamamos capitalismo de plataforma (Srnicsek, 2018). La ciudad, por tanto, se puede en-

tender como lugar de valorización y acumulación a partir de una composición de clase múltiple y de procesos de explotación extractiva. ¿Cuál es la especificidad de estos procesos de valorización? La mediación que las relaciones sociales juegan en ellas en términos comunicativos, afectivos, simbólicos. La producción de datos y la venta de servicios son factores predominantes del capitalismo actual y ambos dependen del desarrollo de la cooperación social entre la relación triangular usuarios-productores-consumidores. Los datos –pensemos en la idea por Shoshana Zuboff (2020) de un excedente de comportamiento que las tecnologías digitales constantemente registran, analizan y comercializan– son fundamentales para coordinar los ritmos de producción y distribución, para analizar y dirigir las preferencias de consumo, para monitorear las actividades de los ciudadanos; los servicios son igualmente importantes en una economía global en la que los procesos de mercantilización se han extendido mucho más allá de la venta de meros objetos. ¿Dónde se producen más datos y servicios si no es en la ciudad? Las zonas urbanas son básicamente aglomeraciones de personas que interactúan entre sí, dejando constantemente huellas físicas y digitales de sus acciones, son lugares de reproducción social, que se componen de actividades muy concretas como cocinar, trasladarse, cuidar la casa, pero también aprender un idioma, gestionar las cuentas, hacer deporte. Son actividades que no se pueden deslocalizar, que no se pueden desligar de un territorio porque son exactamente ellas las que producen el territorio. Y todas ellas son actividades que realizamos cada vez más apoyándonos en esas formas de empresa que reciben el nombre de plataformas digitales con las que interactuamos constantemente, por ejemplo, a través de aplicaciones en nuestros smartphones.

En este punto podría ser útil dar un poco de profundidad histórica para poder explicarlo de manera mejor. La fábrica –entendida como espacio productivo bordeado y vinculado a un paradigma capitalista concreto, el de la gran industria– fue el producto de una organización científica del trabajo que puso orden en el desorden de la fabricación; el almacén como espacio ordenado, por su parte, es

el resultado de la organización científica de la distribución que puso en marcha la revolución logística de los años sesenta (Allen 1997); la ciudad aumentada, por último, es el resultado de un proceso de organización científica de la cooperación social a partir de la implantación de las tecnologías digitales. Como dicen Paul Langley y Andrew Leyshon (2017, p. 9), las plataformas son infraestructuras que imponen una lógica de intermediación a nuestras actividades, y “no son instalaciones o conductos que simplemente canalizan circulaciones. Las plataformas inducen, producen y programan activamente las circulaciones”. Podemos suponer dos momentos decisivos en el desarrollo de este proceso de organización de la cooperación social a partir de las tecnologías digitales y la ciudad: la crisis de 2007/8 que empujó al capital a invertir intensamente en tecnologías digitales y la pandemia de 2020/2 que convirtió a las plataformas en dispositivos infraestructurales (Jiang, 2020; Rani y Dhir, 2020).

Otra forma de enmarcar críticamente este proceso sería analizarlo en términos de un colonialismo digital. Con esto no nos referimos tanto a los procesos de extracción de materias primas de los países del Sur global en favor del desarrollo tecnológico de los países del Norte. Más bien pensamos en las formas en que las tecnologías digitales se introducen en nuestra vida cotidiana en distintos contextos geográficos –del Norte al Sur– y, al hacerlo, las ponen en funcionamiento. Renata Ávila (2020, p. 47) define el colonialismo digital como

el despliegue del poder imperial sobre un vasto número de personas, que adopta la forma de normas, diseños, lenguas, culturas y sistemas de creencias al servicio de los intereses de las potencias dominantes. En el pasado, los imperios ampliaban su poder a través del control de activos críticos, desde las rutas comerciales hasta los metales preciosos. Hoy en día, no son los Estados sino los imperios tecnológicos los que dominan el mundo a través del control de las infraestructuras digitales críticas, los datos y la propiedad del poder computacional.

La categoría de colonialismo remite inevitablemente a la de frontera. Como han señalado Sandro Mezzadra y Brett Neilson en su libro *La frontera como método* (2017), el capital siempre construye una dicotomía entre el interior y el exterior, pero la frontera también puede situarse dentro de los procesos capitalistas en los que hay una fractura, por ejemplo, entre un antes y un después, entre diferentes principios organizativos, sistemas tecnológicos antiguos y nuevos. Las fronteras internas de los procesos de valorización hoy son la cooperación social, el trabajo informal, la reproducción social, los territorios. Esto no quiere decir que sean lugares desprovistos de dinámicas capitalistas, sino que son ámbitos cuyos regímenes de explotación pueden aumentar considerablemente mediante el uso de las tecnologías digitales.

Las plataformas constituyen la forma de empresa adecuada para la organización científica de la cooperación social, son los agentes de la colonización de nuestras vidas, se injertan en un tejido social, económico y político ya existente, lo incorporan y posteriormente lo transforman. Operan lo que Marx (2001) llamó la transición de la subsunción formal a la real, del mando externo sobre un proceso de trabajo ya formado a la transformación de las condiciones subjetivas y objetivas del trabajo. Este proceso constante de penetración e hibridación entre lo real y lo digital da lugar –desde el punto de vista espacial– a una doble dinámica. Por un lado, tenemos la urbanización de las plataformas, es decir, las plataformas instalan sus operaciones generales –logísticas, financieras, informáticas– dentro de una ciudad, adaptándose a sus características. Las ciudades pueden tener diferentes formas, diferentes sistemas jurídicos, diferentes composiciones sociales. Por ejemplo, Uber en México funciona de manera diferente a Uber en Italia, sin embargo, la misma empresa ha logrado penetrar dentro de diferentes sistemas legales y composición social. Como resultado de esto, muy a menudo hay líneas de continuidad respecto a las diferencias de género y raza dentro del capitalismo de plataforma que las absorbe y las repropone en nuevas formas (McMillan Cottom, 2020), por ejemplo, empleando trabajadores migrantes

en trabajos súper-explotados como lo de repartición o exponiendo a las mujeres al acoso en el caso de los servicios de transporte. Por otro lado, se produce un aplanamiento de la ciudad, es decir, ciertos servicios y actividades que antes se realizaban de manera informal, desorganizada y puntual, ahora están mediados y gestionados por la plataforma. La plataforma absorbe y centraliza un tejido difuso y deshilachado, lo organiza mediante una gestión algorítmica, mapas GPS, burbujas sociales, anuncios orientados a los perfiles de los consumidores.

Por lo tanto, vivimos en ciudades aumentadas, lugares donde lo digital y lo material se superponen, se fusionan, reescribiendo los espacios y las funciones de las zonas urbanas. Dentro de esta ciudad, la cooperación social es central y transmite procesos de extractivismo, financiarización, explotación. Las plataformas –infraestructurales como Amazon o Google, o de servicios como Didi o Rappi– son las formas de empresa que implementan concretamente estas operaciones.

TRABAJAR EN LAS PLATAFORMAS

Cuando hablamos de plataformas, no nos referimos a empresas cuyos contornos pueden definirse claramente en términos de mano de obra o espacio de producción. ¿Quiénes son los trabajadores de Amazon? ¿Sólo los empleados en los almacenes? ¿Qué pasa con todos los mensajeros que trabajan por subcontratación? ¿Dónde trabaja un taxista de Uber? ¿Tiene una ubicación fija en la ciudad? Se trata, según las propias empresas, de ecosistemas que incluyen una multiplicidad de sujetos y espacios de forma supuestamente horizontal y circular (la llamada *sharing economy*), pero que en realidad construyen relaciones productivas fuertemente jerarquizadas, verticales, unidireccionales y diferenciales.

Dentro de estos ecosistemas, las ciudades constituyen una inmensa reserva de fuerza de trabajo. O, mejor dicho, no ponen a disposición de las plataformas una mano de obra específica, sino va-

rios segmentos cuyas condiciones de necesidad material los hacen muy precarios: trabajadores en su tercer o cuarto empleo, jóvenes estudiantes, migrantes. Se trata de lo que Marx en el capítulo 24 de *El Capital* (2014) llamó el proletariado *eslege*, una fuerza de trabajo expulsada de otros circuitos de producción, privada de la posibilidad de garantizar autónomamente su propia reproducción y desprovista de cualquier derecho o protección social. La inclusión en los ecosistemas digitales no se produce de forma homogénea, como la supuesta neutralidad de las tecnologías radicales podría hacernos pensar. Por lo contrario, las viejas y nuevas diferencias se reflejan en el trabajo de plataforma a partir de condiciones específicas de dependencia (necesidad de mantener un hogar, falta de documentos de ciudadanía, etc.). Pensemos en los mecanismos de clasificación, de calificación, de gamificación, que crean fracturas sin precedentes dentro de la misma fuerza de trabajo que se pone a competir entre sí con el resultado de que sólo los que están más adaptados a la plataforma tendrán más posibilidades de trabajar (Rosenblat, 2018). Un poder blando al que volveremos en breve.

Los algoritmos y los macrodatos desempeñan un papel decisivo en la organización de estos ecosistemas, desposeyendo a la mano de obra de su poder de decisión y del conocimiento del ciclo de producción y distribución, al tiempo que centralizan bajo su mando una multiplicidad de actividades y sujetos gracias a su poder de computación y a la gestión de los flujos de datos. La dimensión cooperativa que se convierte en trabajo es el resultado de una unidad producida por los sistemas de información de gestión: sincronizar los tiempos y coordinar los flujos a través de los espacios significa también ensamblar las fuerzas de trabajo individuales en una unidad que es mayor que la suma de las partes individuales. De este modo, el control algorítmico es capaz de imponer normas de trabajo, intensificar los ritmos de producción, controlar de forma omnipresente todas las fases del ciclo productivo, y poner en juego un conjunto de fuerzas productivas intangibles que son, al mismo tiempo, “independientes” y están dispersas en un territorio difuso. Si queremos hacer una comparación con el pasado, el tra-

bajo digital en los espacios urbanos se asemeja más al sistema del *putting-out* que a la fábrica (Pirone, 2019).

Esta racionalidad logística de organización de los espacios y procesos de trabajo –la llamamos así porque organiza principalmente la movilidad de las mercancías y del trabajo a través de los datos– opera en una doble vía de territorialización y desterritorialización del proceso de trabajo. Algunos aspectos de la digitalización, especialmente los relacionados con la gestión, se despegan de una localización específica y se despersonalizan. Ya casi no hay jefes y controladores de carne y hueso que tomen los tiempos de trabajo y sancionen el comportamiento. Estas tareas las realiza ahora el algoritmo con consecuencias evidentes en términos de lucha y organización sindical. ¿A qué superior puede dirigirse un repartidor para pedir ayuda? Otros aspectos del proceso de producción, en cambio, se trasladan a los espacios urbanos. Pensemos en toda la gestión de clientes que muy a menudo se vuelca en el trabajador individual. O piense en las llamadas *dark kitchen* o en los *ghost stores* que aparecen en las arrugas de las grandes ciudades (Shapiro, 2023).

Sin embargo, la gestión algorítmica del proceso de producción no puede analizarse exclusivamente en términos de disciplinario. Junto a las formas directas de control y sanción, existen estrategias de poder blando que se implementan mediante plataformas a través de las cuales es el propio trabajador el que se autorregula y se pone a trabajar. Nos referimos a todos aquellos aspectos relacionados con el auto emprendimiento. Desde los años 60, se ha desarrollado una visión neoliberal de la fuerza de trabajo en términos de capital humano (Becker 1984), de capital social, de individuo propietario, de empresario de sí mismo (Nicoli y Paltrinieri, 2019), que hoy toma la forma subjetiva del empresario urbano (Stabrowski, 2017). Este último no es simplemente el que transforma los bienes utilitarios –como la casa, el coche– en medios de producción a su cargo. Es, sobre todo, el que firma un contrato psicológico (Nicoli y Paltrinieri, 2017) consigo mismo para poner a trabajar toda su persona, incluidas sus

habilidades relacionales y comunicativas, su esfera emocional. Hace de su persona un negocio.

Para entender estas formas de trabajo, en nuestra opinión, no basta con referirse al trabajo estándar, el que tiene tiempos y espacios de trabajo fijos, protecciones sociales, etc. ¿Cómo podríamos pensar en el trabajo de plataforma en términos de escape del trabajo asalariado en un país como México, donde cerca de la mitad de la población trabajadora está en el mercado informal? Podría ser mucho más interesante referirse al trabajo de cuidados, al trabajo informal y a enfoques como la teoría de la reproducción social porque siempre han pensado en el trabajo más allá de sus ubicaciones canónicas y de las normas oficiales. En otras palabras, la combinación de disciplina y poder blando, precariedad y autoempleo produce una dependencia –por utilizar una categoría utilizada por Yann Moulier-Boutang (2006) para describir formas de trabajo jerárquicas– que va más allá del asalariado al estilo fordista, un paradigma fuertemente occidental.

SUBJETIVIDADES ALGORÍTMICAS

Hasta ahora, hemos hablado principalmente de los espacios urbanos, del trabajo digital y de los procesos de valorización. Sin embargo, si queremos mantenernos en la línea de un enfoque crítico, no podemos dejar de considerar el capital principalmente como una relación social mediada por las cosas. En nuestro caso, la mediación de las relaciones sociales es operada por tecnologías digitales que, podríamos decir, producen subjetividades algorítmicas (Into the Black Box, 2021). Como hemos visto, se trata de formas de vida moldeadas por el poder de gobierno de los dispositivos tecnológicos que se mueven dentro de la realidad aumentada de la metrópolis planetaria. Las subjetividades algorítmicas son ciborgs de la vida cotidiana, vidas maquinadas por las reglas opacas y no neutrales de los algoritmos y máquinas vivificadas por la extracción constante y omnipresente de datos de cada actividad humana. Las subjetivi-

vidades algorítmicas somos nosotros cuando ya no podemos orientarnos en los espacios sin Google Maps o recurrimos a WhatsApp para hablar con un amigo en la otra punta del mundo (y a veces de la calle). Pero también es una inteligencia artificial cuando nos sustituye, por ejemplo, en la gestión del hogar. Las tecnologías digitales pretenden absorber cada vez más funciones que históricamente atribuíamos al ser humano como sus características esenciales. El ser humano se automatiza, encerrado en un conjunto de comportamientos calculados y programados por algoritmos.

Sin embargo, siempre hay una brecha dentro de la cual se pueden insertar contra conductas, heteronomías, conflictos. El trabajo abstracto –el que impone normas, protocolos, plazos– nunca corresponde plenamente con el trabajo vivo –el que es concreto, situado, difuso–. La homogeneidad de la norma nunca es del todo capaz de resumir la heterogeneidad de las prácticas. La repetición de la norma no agota las diferencias de autonomía. Las plataformas, con todos sus dispositivos tecnológicos, no pueden captar todas las variedades de lo real.

Dentro del trabajo digital hay un florecimiento de prácticas heterodoxas, piratas, insubordinadas, que las plataformas intentan evitar, controlar, debilitar. Pensamos en el intento constante de abandonar las plataformas y recrear las relaciones directas entre el usuario y el trabajador. Pero también existe la necesidad por parte del algoritmo de contar con el apoyo humano para aferrarse firmemente a lo real. Piensa en todos los micro errores de Google Maps que un ciclista o taxista experimenta constantemente y tiene que remediar a través de sus conocimientos urbanos (Batalla, 2023).

En esta brecha entre lo digital y lo real, el dominio de los algoritmos y la autonomía de la mano de obra, se abren espacios para la producción de subjetividades distintas a las del empresario urbano.

En conclusión, nos gustaría esbozar una cartografía de subjetividades (potencialmente) heterónomas frente a las plataformas dentro de la ciudad aumentada: el tangpinger, el ciberflanero, el nómada digital, el obrero social. De diferentes maneras, todas estas figuras subjetivas impugnan o intentan escapar –individual o

colectivamente– de la verticalidad de los procesos de decisión, del extractivismo de datos, de los dispositivos de control y de la explotación de su trabajo.

El “tangpinger” (literalmente: “el que se acuesta”, una figura que ha surgido recientemente en China como referencia general de un conjunto de movimientos de resistencia) rechaza por completo la ética del trabajo digital, sus ritmos y sus estilos de consumo (Tan, 2022). Practica en la medida de lo posible el éxodo, la huida, la evasión pasiva de los dispositivos de captura que subyacen en las plataformas. Contrasta la aceleración con la lentitud, la impotencia.

El “flâneur” deambula por la ciudad aumentada intentando disfrutar de sus servicios sin ceder a la dataficación y empresarización de su propia vida. Intenta tomar sin dar, usar sin ser usado (Bayes, 2018).



Imagen 2: Manifestación de repartidores durante la pandemia en Bolonia en 2020 (foto de Maurilio Pirone).

El nómada digital (Sutherland y Jarrahi, 2017) se desplaza de ciudad en ciudad, de plataforma en plataforma en busca de mejores condiciones de trabajo, no sólo en términos productivos sino también y sobre todo en términos reproductivos: busca espacios de autonomía para su propia creatividad al igual que defiende su tiempo de vida frente a la omnipresencia del trabajo digital. Trabaja en un espacio digital y vive en un espacio urbano que no están directamente conectados. Desarticula esta conexión, elige la plataforma estratégicamente, utiliza los márgenes de autonomía a su favor.

El obrero social (Cuppini *et al.*, 2022) está inmerso en la cooperación social, pero experimenta plenamente su carácter de alienación y dominación. Trabajan para la plataforma, pero impugnan su organización en términos de conflicto capital/trabajo. La experiencia individual de estos trabajadores sociales –formada por la clasificación, el seguimiento, las órdenes– entra en conflicto con la dimensión cooperativa del trabajo en la que se multiplican las fuerzas productivas de los trabajadores reunidos a través de la gestión algorítmica de las plataformas. Desde las huelgas de los repartidores de aplicaciones de entrega a domicilio hasta las protestas de los conductores de las empresas de transporte urbano digital, los trabajadores sociales de las plataformas desafían al algoritmo no sólo en lo que respecta a las condiciones laborales, los niveles salariales o el no reconocimiento de las protecciones sociales. Más que eso, desenmascaran la dimensión vertical y asimétrica de la relación de poder entre las plataformas y el trabajo vivo al plantear el reto de un control generalizado y democrático de las mismas.

Se trata, para cerrar, de subjetividades circulantes. ¿Qué queremos decir? Muy a menudo la misma persona pasa de una a otra subjetividad: hay veces en las que se dedica al trabajo de plataforma y otras en las que se pone a su disposición; o bien, se pasa de plataforma a plataforma. Pero también hay una circulación de luchas cuyo carácter es tan efímero y temporal como el de las subjetividades algorítmicas. Este contagio se produce, muy a menudo,

mediante el intercambio de información a través de los canales digitales. Existe, pues, una posible contrapartida de las propias tecnologías digitales. Esta categoría de subjetividades circulantes trata de pensar el trabajo vivo de la multitud, es decir, la multiplicación del trabajo (Mezzadra y Neilson, 2017) fuera del imaginario obrero de la fábrica, en la época de la precariedad y de la difusión del trabajo informal y de cuidados, dentro de la centralidad de la movilidad, de la circulación de datos. Una forma de desarrollar esta idea de subjetividades circulantes sería recurrir a los estudios sobre la autonomía de la migración o las formas de movilidad global (Elliot y Urry, 2010).

CONCLUSIONES

En este artículo hemos intentado aportar ideas sobre un marco teórico útil para analizar el impacto de las tecnologías digitales en los espacios urbanos.

En lugar de considerar lo virtual como algo opuesto a lo real, hemos intentado mostrar cómo lo digital constituye una capa adicional de realidad, que se añade a otros factores preexistentes como las diferencias de clase, género y raza.

Las plataformas desempeñan un papel crucial en la constitución de la ciudad aumentada, ya que cumplen una función intermedia de absorción y organización de la cooperación social de las formas de vida urbana.

En este sentido, los propios sujetos se convierten en híbridos: el ciborg pierde, en parte, su carga emancipadora –como teorizó Donna Haraway (2020)– y se fragmenta en una multiplicidad de formas cotidianas.

Algunas de ellas asumen plenamente los dispositivos y narrativas de autovalorización desplegados por las plataformas. Otras, en cambio, experimentan con prácticas y conductas heterónomas que abren espacios de autonomía y liberación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allen, B. (1997). The Logistics Revolution and Transportation, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 553, 106-116.
- Avila, R. (2020). Against Digital Colonialism, in *Platforming Equality. Policy Challenges for the Digital Economy*, Autonomy.
- Batalla, O. (2023). Me reporto en línea: redes sociodigitales e inseguridad en el trabajo de plataformas de transporte en Puebla, México, *Vitam. Revista De Investigación En Humanidades*, 7(1).
- Bayes, C. (2018). The Cyborg Flâneur: Reimagining Urban Nature through the Act of Walking. *M/C Journal*, 21(4).
- Becker, G. (1984). *El capital humano*, Alianza Universidad Textos.
- Capel, H. (2003). A modo de introducción: los problemas de las ciudades. Urbs, civitas y polis, *Mediterráneo económico*, 3, 9-24.
- Cuppini, N., Frapporti, M., Mezzadra, S., y Pirone, M. (2022). Il capitalismo nel tempo delle piattaforme. Infrastrutture digitali, nuovi spazi e soggettività algoritmiche. *Rivista Italiana Di Filosofia Politica*, 2.
- Elliott, A. y Urry, J. (2010). *Mobile Lives*, Routledge.
- Greenfield, A. (2017). *Radical Technologies: The Design of Everyday Life*, Verso Books.
- Haraway, D. (2020). *Manifiesto ciborg*, Kaótica Libros.
- Into the Black Box (2021). *Capitalismo 4.0. Genealogia della rivoluzione digitale*, Meltemi.
- Jiang, X. (2020). Digital economy in the post-pandemic era, *Journal of Chinese Economic and Business Studies*, 18:4, 333-339.
- Langley, P. y Leyshon, A. (2017). Platform capitalism: the intermediation and capitalization of digital economic circulation, *Finance and society*, 3 (1), 11-31.
- Marx, K. (2001). *El capital. Libro I, capítulo VI (inédito)*, Siglo XXI editores.
- Marx, K. (2014). *El capital: crítica de la economía política, tomo I, libro I. El proceso de producción del capital*, Fondo de Cultura Económica.

- McMillan Cottom, T. (2020). Where Platform Capitalism and Racial Capitalism Meet: The Sociology of Race and Racism in the Digital Society, *Sociology of Race and Ethnicity*, 6(4), 441-449.
- Mezzadra, S. y Neilson, B. (2017). *La frontera como método*, Traficantes de Sueños.
- Moulier-Boutang, Y. (2006). *De la esclavitud al trabajo asalariado*, Ediciones Akal.
- Negri, A. (17 de julio 2014). El común de la cooperación social. Entrevista a Antonio Negri sobre la metrópoli, *Euronomade*, <http://www.euronomade.info/?p=2892>.
- Nicoli, M. y Paltrinieri, L. (2017). Il lavoro come produzione di sé. Per una genealogia del contratto psicologico, *Psiche. Rivista di cultura psicoanalitica*, 2, 571-588.
- Nicoli, M. y Paltrinieri, L. (2019). "It's still day one". El tránsito del empresario de sí mismo a la start-up existencial. *RECERCA. Revista De Pensament I Anàlisi*, 24(1), 37-60.
- Pirone, M. (2019). Il mondo in un click. Piattaforme digitali, nuova logistica metropolitana e fine del lavoro, en *Un mondo logistico. Sguardi critici su lavoro, migrazioni, politica e globalizzazione*, Lezioni.
- Rani U. y Dhir R.K. (2020). Platform Work and the COVID-19 Pandemic, *Indian Journal of Labour Economics*, 63, 163-171.
- Rosenblat, A. (2018). *Uberland: How Algorithms Are Rewriting the Rules of Work*, University of California Press.
- Shapiro, A. (2023). Platform urbanism in a pandemic: Dark stores, ghost kitchens, and the logistical-urban frontier, *Journal of Consumer Culture*, 23(1), 168-187.
- Sutherland, W., y Jarrahi, M.H. (2017). The Gig Economy and Information Infrastructure. *Proceedings of the ACM on Human-Computer Interaction*, 1, 1-24.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra Editora.
- Stabrowski, F. (2017). "People as businesses": Airbnb and urban micro-entrepreneurialism in New York City, *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 10, 2, 327-347.
- Tan, J. (2022). Tech Workers Lie Flat, *Dissent* 69 (2), 32-41.

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia: La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*, ediciones Paidós.